LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 19 DE MAYO DE 1890 — NÚM. 438

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA LECCIÓN DE ANATOMÍA
cuadro de Rembrandt

existente en el Museo Real de La Haya

He aquí un cuadro triste por el asunto, pero admirable por el modo cómo supo tratarlo el ilustre pintor flamenco. Sobre la mesa de disección yace el cadáver de un hombre herido por la muerte en la flor de su vida: murió pobre y en el hospital y su cuerpo sirve para los experimentos anatómicos. El profesor ha empezado ya su tarea y, acompañando á la práctica la teoría, explica una de aquellas célebres lecciones que inmortalizaron al famoso Dr. Tulp, que es el que ha representado Rembrandt en la figura del protagonista de su cuadro.

Ocioso sería enumerar las bellezas que la pintura atesora: quien se haga cargo de la situación no podrá menos de quedar absorto ante ese grupo formado por el sabio maestro en cuyo semblante resplandece el genio y por sus oyentes en cuyos rostros se pinta por modo maravilloso la atención y el interés con que siguen las observaciones del egregio anatómico.

Pedir más vida y más verdad en un cuadro sería pedir punto menos que un imposible y en cuanto al color, que el grabado no puede reproducir, queda hecho su mayor elogio con sólo pronunciar el nombre del autor del lienzo, de ese coloso del arte que supo cual ninguno dominar los efectos de luz y sombra y ofrecer en sus obras una serie de contrastes que se juzgarían problemas irresolubles si él no los presentara admirablemente resueltos en sus asombrosas creaciones.

Alemania. – Estudiantes de los suburbios esperando el tren que ha de conducirles á la capital

Que el hombre se crece cuanto más elevados son los fines que persigue, pruébanlo los estudiantes que, habitando en los suburbios de Berlín, asisten á las escuelas de la capital. Estos niños han dado siempre, en sus viajes diarios, pruebas de precoz formalidad: ¿cómo, sino, consentirían los padres que sus hijos de seis y siete años viajaran solos en ferrocarril? Por centenares se cuentan los estudiantes que cada mañana se reunen en la estación; algunos han tenido que levantarse antes de la aurora y no pocos han recorrido á pie largas distancias. Mas no se tema que se rezaguen: á la hora oportuna todos esperan el tren que ha de conducirles á la ciudad, y no falta quien aproveche el rato de espera para dar un repaso á la lección del día ó la última mano á los deberes escritos.

Tal es la escena que con toda fidelidad ha reproducido el reputado artista alemán C. Koch, escena llena de movimiento y que da una idea exacta del alto nivel que en Alemania, como en otras naciones extranjeras, ha alcanzado la instrucción, base de la prosperidad de los pueblos y exigencia ineludible para aquellas sociedades que, por fortuna para ellas, consideran como el peor de los males públicos el de la ignorancia.

PEONIAS
cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

Salón de París de 1889

Cuenta Homero en su inmortal *Odisea* que Plutón fué curado de una herida que le había causado Hércules por un médico llamado *Pæan*, con la planta que por esta razón se denominó *Pæonia*. Respecto de las cualidades de estas flores, sostienen algunos naturalistas que sus emanaciones producen mareos. Ignoramos si Mr. Agache tenía noticia de todo esto cuando pintó el cuadro que tan perfectamente reproduce el precioso grabado de Baude; pero como en punto á interpretación de una fantasía de un pintor (que de fantasía puede



UNA LECCIÓN DE ANATOMÍA, cuadro de Rembrandt

(Existente en el Museo Real de La Haya)

calificarse la obra de Agache) debe reinar toda la libertad compatible con el sentido común y, hasta cierta medida, con la lógica, se nos antoja, aun á riesgo de pecar de visionarios, que el autor al ofrecer tan hermosas en su pintura las peonias que sirven de adorno á un busto elegante y distinguido, quizás quiso significar que si aquella joven es capaz de marear á cualquiera, puede ser también bálsamo curador de amorosas heridas.

BUSTO DE Mr. BONNAT

por Pablo Dubois. Grabado en madera

Salón de París de 1890

No hemos de analizar el mérito del busto de Mr. Bonnat, modelado por el insigne escultor francés Mr. Pablo Dubois, pues sobre ser una obra que por sí sola se ensalza, no se trata de ella sino del magnífico grabado de Mr. Baude que la reproduce y que actualmente está siendo objeto de la admiración de cuantos visitan el Salón de los Campos Elíseos de París. ¿Y qué diremos de esta nueva producción del celebrado grabador? Fíjense en ella nuestros lectores y, sin necesidad de que nosotros las apuntemos, apreciarán desde luego las muchas bellezas que contiene y comprenderán que casi no puede irse más allá en el arte del buril, que á tanta altura ha sabido colocar nuestro distinguido colaborador.

Torre colosal proyectada en Londres

La proposición de sir Eduardo Walkin para erigir en Londres una torre inmensa que pudiera competir con la torre Eiffel fué muy pronto aceptada por varias personas notables que se apresuraron á organizar una Sociedad con el fin de llevar á cabo el proyecto y en 1.° de noviembre del año último abrieron un concurso ofreciendo dos premios, uno de 500 y otro de 200 guineas (13.000 y 5.000 pesetas). Las condiciones del concurso eran: que la altura de la torre debía ser, por lo menos, de 1.200 piés, que ésta había de subdividirse en varios pisos capaces para restaurants, cafés, etc., que la ascensión fuese directa desde el suelo á la cumbre ó que pudiera hacerse por tramos, que de piso á piso hubiera, además, escaleras. Indicábase como material preferible el acero, pero se dejaba al proyectista en libertad de adoptar otro. Los cálculos sobre la cantidad y el peso de los materiales de construcción y sobre el coste de ésta habían de remitirse por todo el día 14 de marzo último junto con los planos y dibujos. El día 1.° de mayo se abrió la exposición pública de los proyectos recibidos por el comité, que ascienden á ochenta, y de los cuales copiamos en nuestro grabado cuatro considerados como los más notables.

EL HOMBRE DEL VIOLÓN

(Conclusión)

El conde se hallaba verdaderamente emocionado, sólo de mirar y escuchar á Rosita. Parecíale esto poco, y cogió con avidez la ocasión que el vals le ofrecía de estrechar su mano y cintura; pero con esto se aumentó la llama que le ardía en el pecho, y verdaderamente avasallado y rendido, su lenguaje dejó de ser el de la astuta y experimentada galantería para ser el del amor apasionado y sincero.

Todas las pasiones son contagiosas, y lo es más que todas la pasión del amor, sobre todo si el paciente es distinguido, rico y de noble alcurnia, y la persona expuesta al contagio una niña sin experiencia ni malicia, y para quien el lenguaje de los afectos sensuales era todavía un misterio. Influído todo su ser por las vibraciones afectivas del conde, sintió ella nacer en su corazón la más viva simpatía, y como consecuencia una súbita y expansiva confianza.

Era hija de un modesto empleado en las oficinas de Hacienda de Zaragoza, en cual ciudad había visto ella la luz; allí quedó huérfana hacía cosa de dos años, y sin derechos pasivos, ella y su madre se vieron casi en la miseria. Los compañeros de oficina de su padre, que le apreciaban mucho por su honradez é inteligencia, hicieron una suscrición, encabezada por los jefes, en favor de la viuda, y con su producto pudieron comprar el luto y vivir algún tiempo. Fueron luego vendiendo y empeñando algunos objetos de relativo lujo, hasta que, por fin, encontraron trabajo para coser en su casa con destino á un almacén de confecciones.

El afán de producir mucho para realizar economías con que sacar las prendas empeñadas, las hacía trabajar día y noche, y produjo al fin una oftalmía á la madre que, sobre tenerla muchas semanas privada de trabajar, y estorbarla á ella mucho, consumió todos los ahorros hechos y aun les hizo contraer nuevas deudas.

En tal situación su primo Juan Fernández, que hacía algunos años se hallaba dedicado al teatro, fué á verlas y les habló de que estaba formando una compañía para ir á dar funciones por los teatros de los pueblos.

–¿Por qué no te vienes con nosotros? la dijo.

–¿Yo? ¡qué locura! contestó ella. Si en mi vida me las he visto más gordas.

–No importa; yo te enseñaré unos cuantos papeles; precisamente me hace falta una dama, pues mi pobre mujer ya sabes que se quedó afónica desde el último parto.

–Y ¿qué voy ganando?

–Pues mira: yo retiro cuatro partes como director y primer galán, tú tres.

–¿Y eso es mucho?

–Hay noches que no se saca ni para el petróleo, pero en cambio otras tocamos á tres y cuatro duros por parte. Desde luego, más que cosiendo sí que ganarás.

Al cabo de algunas sesiones, y no sin discusión, preguntas, reparos, vacilaciones y dudas, por fin madre é hija se habían decidido á probar fortuna, y hacía dos meses que Rosa era actriz, y aquel el tercer teatro en que trabajaba. Hasta entonces no les salía la cuenta hecha por su primo, y ni un céntimo había podido economizar, yéndose todo cuanto ganaba en gastos de posadas y viajes y alquiler de vestuario. Tan apurada estaba, que la daban tentaciones de abandonar la escena, y ya que tan cerca estaba de Madrid, irse allí á vivir y volver á su antiguo oficio de coser para tiendas y almacenes.

Animóla en este propósito el conde y la ofreció ¡naturalmente! su ayuda y protección. Hízola reflexiones sobre los peligros que una joven honrada y pura, inocente y virtuosa, corre en esa vida del teatro, llena de azares y contingencias, y más cuando se va de pueblo en pueblo, teniendo que sufrir las groserías y los atrevimientos de los señoritos de aldea, tan viciosos como soeces. En Madrid, decía el conde, se sabe apreciar el mérito donde quiera que se halle, y sin mirar á la posición social del que lo tiene, sobre todo tratándose de mujeres. Entre una mujer y un hombre nunca hay desigualdad de clases, ni de fortuna, con tal que ella sea hermosa y distinguida. El amor borra todas las diferencias y anula todas las distancias. En Madrid, además, se adquiere con sólo vivir allí, una distinción de maneras, una sutileza de ingenio que vanamente se buscaría en provincias.

–Yo poseo, añadió, algunas casas con habitaciones modestas; no dejará de haber alguna desocupada. Llamaré á mi administrador y me informaré; le daré orden de que se ponga á disposición de Vds. acompañándolas á ver los cuartos que haya vacíos, y Vds. escogerán uno que sea alegre y no esté muy alto, ¿eh? Así podré hacerlas á ustedes alguna visita. El alquiler lo fijarán Vds. mismas y lo pagarán cuando puedan; el casero no será con Vds. exigente.

Y con efecto; ocho días más tarde se hallaban Rosa y su madre instaladas en un cuarto segundo de la calle de las Huertas, modesta pero coquetamente amueblado *á crédito*, bajo la garantía del conde. Así á lo menos lo creyeron las interesadas.

VI

Al principio fué Daniel muy parco en sus visitas, y aunque se hacía suma violencia, procuraba no hacerlas ni muy largas, ni diarias. Puso á Rosa en relación con el camisero más afamado de Madrid, de quien era parroquiano, y de este modo la proporcionó desde los primeros días trabajo abundante y bien retribuído.

Pero, poco á poco, el amor fué sobreponiéndose á la prudencia y las visitas haciéndose cada día más largas y más frecuentes. La asiduidad del conde, la sinceridad de su afecto, la elocuencia con que lo sabía pintar y demostrar que el amor todo lo iguala, citando mil ejemplos vivos, en apoyo de su tesis, concluyeron por rendir de tal suerte el corazón de Rosa, que llena de confianza y de pasión le entregó sin reservas ni escrúpulos todo su amor, confiándose á él en cuerpo y alma.

¿Cómo correspondió Daniel á esta confianza? Fácil es de adivinar. No diremos que el conde hubiese procedido desde el principio con dolo; no era su ingenio bastante para preparar una trama de desenlace fatal, pero no violento, sino lógico y natural, y á larga fecha. Su amor por Rosa había sido verdadero; si ella, con menos candor y más codicia, hubiese sabido imponer condiciones, el conde habría llegado hasta hacer, no sólo el sacrificio de su fortuna, sino que también el de su libertad y su nombre, uniéndose á ella en matrimonio. Pero ¿qué se puede esperar del gavilán cuando voluntariamente se pone la paloma entre sus garras?

El día en que trémula de amor, durante una breve ausencia de su madre, había caído Rosa delirante de pasión en los brazos de Daniel, cuando éste, completamente feliz por primera vez en su vida, triunfante, transfigurado, salía á la calle, y dirigía sus miradas todavía impregnadas de deleite y sus sonrisas todavía húmedas de placer hacia el balcón en que asomada Rosa le despedía casi con lágrimas en los ojos y besos en los labios, andaba él con la cabeza vuelta y dió de pechos contra un hombre que, parado en la acera, enfocaba sus anteojos hacia el balcón mismo á que miraba el conde. Iba éste á murmurar una excusa, cuando al reparar en el individuo con quien había tropezado, se estremeció sin saber por qué.

Era el hombre rojo, que tocaba el violón en el teatro de V...; con el mismo traje negro, la misma corbata encubridora del cuello de la camisa y los mismos anteojos de farol de coche.

VII

Los amores de Rosa y Daniel continuaron algunos meses con el mismo fuego y los mismos encantos; pero, así como al hambriento una vez ahito le causa tedio y hasta repugnancia el manjar que antes excitaba su codicia, así con la posesión fueron calmándose los furores de la pasión, y con la saciedad se apagaron hasta los simples estímulos del deseo. Hubo un período de calma, en que se gozó del amor sin transportes, luego vino el descenso y al fin de la pendiente la indiferencia. Pero esto sólo con relación á Daniel, pues en Rosa había sido más lento el proceso de la pasión, y fué por lo tanto ésta mucho más sólida y duradera. Al entregar ella su corazón á Daniel fué para siempre é irrevocablemente.

Así, aunque el conde fué paulatinamente disminuyendo y acortando sus visitas, dejando pasar algunos intervalos, cada vez mayores, so pretexto de viajes y ocupaciones, é interrumpiéndolas, ó mejor dicho, haciéndolas cesar del todo, al fin, el amor de Rosa no se enfrió lo más mínimo ni su confianza se debilitó, ni jamás perdió ella la esperanza de que el conde volvería á su lado.

Sin embargo, digna y honrada en medio de su desgracia, nunca dió ningún paso para acercarse á él ni para recordarle sus juramentos y promesas. Ni por casualidad pasó una vez siquiera por delante del hotel donde él vivía y en que habían gozado ambos horas tan felices.

Y eso que la desventurada había quedado en un estado que la daba, al par que motivos sobrados para lamentarse y llorar, derechos indiscutibles para reclamar el amparo y protección del autor de su desdicha.

Llegó un día en que la madre de Rosa tuvo que saberlo todo, y el dolor y la vergüenza pudieron en ella más que la resignación. Cayó gravemente enferma y al cabo de algún tiempo murió.

Por cuidar á su madre tuvo Rosa que devolver el trabajo que no podía desempeñar, y negarse á tomar el que de nuevo la ofrecían en la camisería. Aun no seco el llanto de su orfandad, surgió otro acontecimiento más temido que inesperado, que retuvo á la desventurada joven en casa y en cama bastantes días más, y cuando por fin, todavía convaleciente y débil, se resolvió á pedir trabajo en la tienda, fué con tal desabrimiento recibida, que bien comprendió se le había cerrado para siempre aquella puerta.

Desesperada y llena de confusión volvía á su casa, cuando ya cerca del portal oyó una voz que con acento tímido y afectuoso decía: «Rosa.» Volvióse y vió delante de sí al hombre del violón, con sus ojillos verdes, sus lentes convexos, su barba roja, sus cejas apelmazadas y su traje negro.

–¡Calle! ¿es V., señor Crispín?

–Sí, yo soy, Rosa; quisiera que me permitiera V. subir; he de decirla á V. alguna cosa...

–¿Sabe V. que murió mi madre?

–Sí, por eso... y... por otra cosa quisiera...

Rosa se puso encarnada como una amapola, y bajando la cabeza, dijo con voz apenas perceptible:

–Suba V.

VIII

Despertado, por su trato con Rosa, el corazón del conde al verdadero sentimiento del amor, disgustáronle ya para siempre aquellos fáciles deleites que con dinero se compran y como mercancía se tratan. Si las preocupaciones de raza y de clase no hubieran vuelto á levantar en él su repugnante cabeza en cuanto pasó la obsesión amorosa que le había hecho proclamar con sinceridad transitoria la igualdad como dogma, es de creer que Daniel se hubiera fijado, no ambicionando más dicha que la de amar á Rosa y ser amado por ella.

Mas no fué así, y lo que la desdichada huérfana no había podido lograr, consiguiólo la hija de los marqueses de Agata, ilustre y rica familia americana poco tiempo hacía llegada á Madrid.

La niña era un ángel de hermosura y de bondad, y la elección de Daniel era la única justificable después del abandono de Rosa.

Las bodas se celebraron pronto y con gran ostentación, y cuando después del acostumbrado viaje de novios volvieron éstos á Madrid, fué durante algún tiempo la condesa el encanto y la admiración de los salones más aristocráticos.

Pero aun no se habían extinguido los resplandores de la luna de miel, cuando la desgracia se cebó en aquellos amantes esposos. Su amor había dado fruto: una pequeña niña cuyo nacimiento dió ocasión á una fiesta espléndida, había venido á estrechar los lazos que unían sus corazones. La recién nacida fué bautizada con toda solemnidad, pero la entrada en la comunión católica le valió un pasmo del cual murió á las tres semanas justas de su primer vagido.

Cuando le dió el ataque, el médico, que había sido llamado á toda prisa, recetó un medicamento que reclamó con urgencia. Daniel, no fiándose en la ligereza de los criados, corrió él mismo á la botica á buscarlo; al entrar tuvo que esperar algo, no obstante su angustiosa prisa. El farmacéutico estaba despachando á otro parroquiano llegado antes que él.

Daniel le miró lleno de ira y al verlo palideció.

Era el hombre del violón con sus pelos rojos, su traje negro y sus anteojos de farol de coche.

Lleno de tristes y fatídicos presentimientos volvió el conde á su hotel, y cuando llegó, la niña había muerto en brazos de su madre, que no había consentido se la arrancaran mientras conservó un soplo de vida.

La escena fué desgarradora. La condesa, que todavía no había abandonado el lecho por complicaciones sobrevenidas propias de su estado, sufrió una tifoidea que puso al médico en alarma, y no sin razón. A ella sucedió un desarreglo nervioso, de tal intensidad, que al cabo de dos meses de estar luchando entre la vida y la muerte, quedó por ésta la partida, dejando á Daniel en el más horrible desconsuelo.

Celebráronse los funerales con toda pompa, y pasados algunos días comenzaron á presentarse los recibos de la fúnebre fiesta, que pagaba el mayordomo del conde. Este permanecía encerrado en sus habitaciones sin recibir á nadie más que á algunos amigos íntimos, entre los cuales el más asiduo era Cucú. Hallábanse sentados una mañana éste y el conde en dos cómodas butacas junto al balcón del comedor que daba al patio, y en el balcón de la antesala vió aparecer, á través de los cristales, la figura, para él siniestra, del hombre del violón.

–¡Mal rayo! gritó Daniel. ¡Otra vez ese hombre!

–¿Quién?

–Ese espectro negro y rojo que me vengo encontrando en cuantas ocasiones forman época en mi vida. ¿A qué habrá venido? ¡Pedro! ¡Pedro!

Apareció el ayuda de cámara.



ALEMANIA.-ESTUDIANTES DE LOS SUBURBIOS ESPERANDO EL TREN QUE HA DE CONDUCIRLES Á LA CAPITAL
dibujo del natural de C. Koch

– Señorito?

– Averigua qué quiere ese hombre que está en la antesala.

Salió el criado, volviendo á poco con la siguiente respuesta:

– Es el músico que viene á cobrar la cuenta de la orquesta en los funerales de la señora condesa.

– Dile que entre.

Con su traje pardinegro, su corbata insurrecta, su pelaje rojo apelmazado, sus ojillos verdes detrás de los convexos lentes, su aire tétrico y taciturno, apareció en la puerta el hombre del violón.

Al verlo, el conde, presa de un arrebato inexplicable, se abalanzó sobre él, gritando:

– ¿No había otro que viniese á cobrar la cuenta más que V.? ¿No sabe V. que me revienta?

– Señor, no sé nada. Soy yo quien acostumbra á pasar los recibos.

– Y ¿qué hacía V. en la botica aquella noche que quizá por su culpa se me murió mi niña?

– Señor, no sé nada, no recuerdo haberle visto á V.! Yo fuí á la botica hace algún tiempo por una medicina para el niño de Rosa.

– ¿Qué Rosa? exclamó el conde, á quien un recuerdo súbito dejó aterrado.

– Rosita Gómez, una pobre huérfana abandonada por su amante, y que á no ser por mí habría muerto cien veces de dolor y de miseria.

– ¿Y dice V. que tiene un hijo?

– Sí.

– Pero ¿murió?

– No, vive.

– ¿Y ella cómo está con V.?

– Como una hermana. Yo la adoro como á una santa y la venero como á una mártir. Si viera V. cuánto sufre la pobre, llorando siempre sobre la cabeza rubia de aquel hermoso niño sin padre, cuyo porvenir es tan incierto y tenebroso!

– ¿Y la madre de Rosa?

– Murió de dolor poco tiempo después de conocer la deshonra de su hija. El remordimiento que le causa este recuerdo, es lo que más acibara su existencia. Ella cree que sólo cabe una redención, pero la juzga imposible.

– ¿Cuál?

– El retorno de su amante y el cumplimiento de los juramentos que la hizo para perderla.

– ¿No sabe qué ha sido de él?

– Ella no.

– Y V. ¿le conocía?

– Yo... ¡sí!

Y al pronunciar estas palabras el hombre tétrico, que parecía impasible espectro, inclinó la cabeza, cubrióse el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos.

Llevósele Cucú de allí, y el conde cayó desplomado sobre la butaca viendo alzarse ante su vista todo su pasado, y sintiendo en su corazón una impresión dolorosa que le llenaba el pecho y le subía á la garganta. Los recuerdos de su mujer y de su hija muertas, tomaban mayor viveza, pero juntamente con ellos se le representaba dulce, tierna y tristemente severa la imagen de Rosa, que le miraba fijamente, teniendo entre sus manos y apretando contra su seno la cabeza rubia de un hermoso niño, cuyos grandes y puros ojos azules se clavaban en él con expresión indefinible.

De pronto surgió en su cerebro una idea que le hizo estremecer, y que agrandándose y fijándose acabó por dominarle y ahuyentar todo otro pensamiento. Sí, era indudable. Su desgracia presente era una expiación: Dios había querido dejarle entrever las dichas y los inefables goces del puro amor conyugal y las delicias de la paternidad, para hacerle comprender al arrebatárselos bruscamente, la enormidad de su pecado para con Rosa, y la tortura de esta infeliz por él abandonada.

Entonces, débilmente, con la tenue claridad del crepúsculo, comenzó á apuntar en él la consoladora esperanza de la redención por el camino del arrepentimiento y de la reparación.

– Con tal que haya permanecido honrada!... se dijo.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Un año después, tiempo de duelo que Daniel quiso conceder á la memoria querida de su mujer, Rosa pasaba á ser condesa de *** y su hijo encontraba á la vez padre y nombre.

El mismo día concedía Daniel una pensión de seis mil reales anuales al hombre del violón, pero pocos meses la disfrutó, porque la pena de verse separado de Rosa para siempre, le produjo una violenta ictericia que le llevó al sepulcro.

PEDRO TALAVERA.

EL AGUA DE LA FLORIDA

POR N. HAWTHORNE

I

Hubo años há un cierto Dr. Heidegger, tan sabio como el mayor de su tiempo, de traza singular y de singularísimo carácter, cuyo traje guardaba siempre relación perfecta con su persona, el cual doctor, al decir de las gentes, era muy perito en las ciencias ocultas. Ahora bien, es el caso, que entre los pocos amigos íntimos á quienes favorecía de vez en cuando, permitiéndoles asistir á sus ensayos de física, parecían en primera línea tres caballeros de provecta edad y una dama, no menos entrada en años que lo estaban ellos: eran éstos, para llamarlos por sus nombres, Mr. Medbourne, el coronel Killigrew y Mr. Gascoigne, y la dama, la señora viuda de Wycherley, siendo muy oportuno dejar consignado, antes de pasar más adelante, que si bien los cuatro tenían mucho por qué dolerse de su mala ventura, ninguna de cuantas desgracias les habían sobrevenido se les antojaba tan insoportable como el estrago que iban haciendo los años en sus personas.

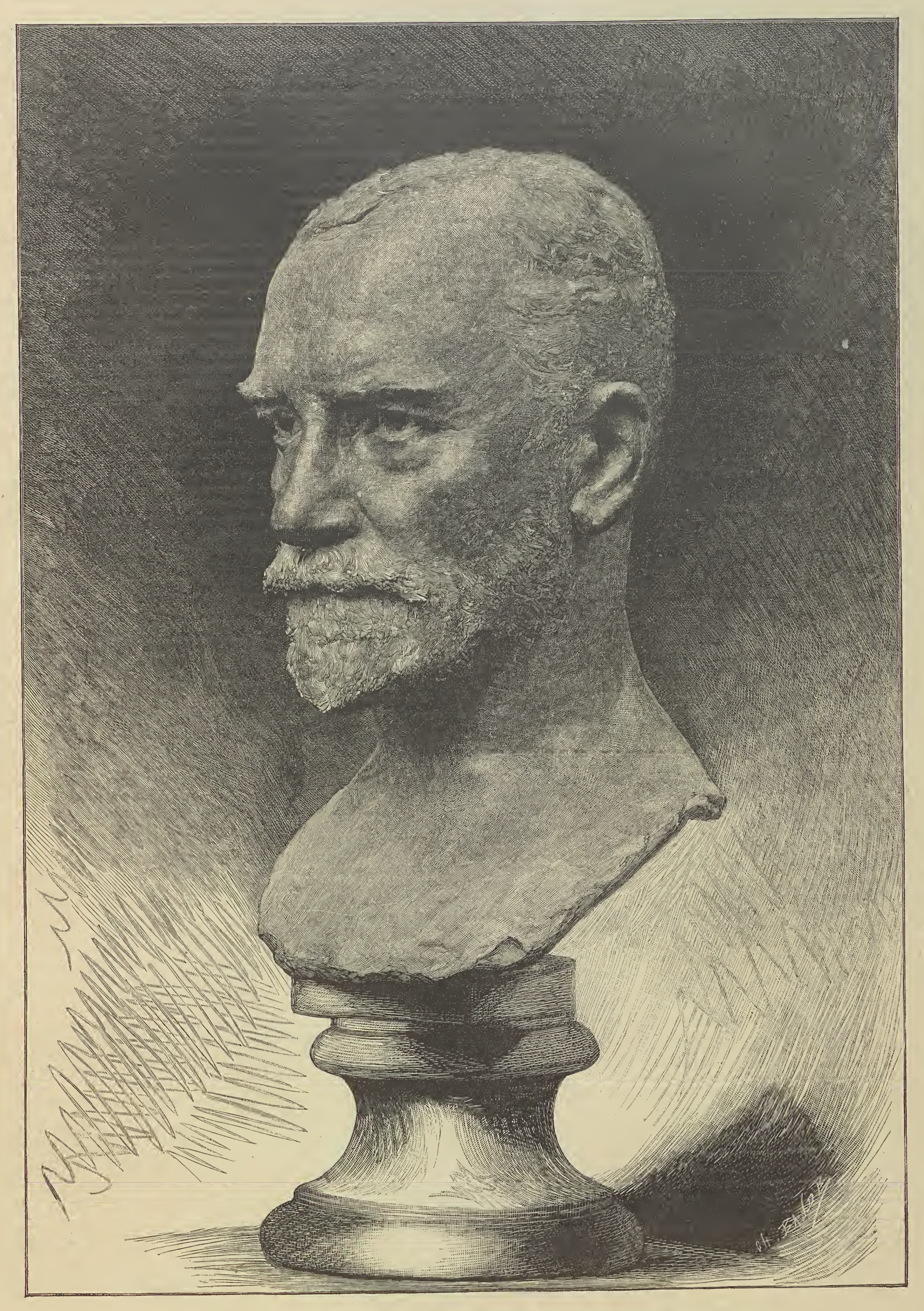
Por lo que á Mr. Medbourne respecta, bien será decir, para la mejor inteligencia del suceso, que en otro tiempo había estado al frente de una gran casa de comercio; pero que, á fuerza de reveses y desgracias, hubo de retirarse de los negocios, reducido casi á la indigencia. En cuanto al coronel, también había tenido mermas y quebrantos muy considerables, pues disipó en los años juveniles, además del patrimonio heredado de su abuelo, el caudal de su salud, á fuerza de calaveradas, conservando sólo en los momentos que lo presentamos á nuestros lectores, una muy escasa renta, la gota y algunas honrosas cicatrices ganadas en los campos de batalla, combatiendo como bueno por la patria, y en el llamado campo del honor, peleando como paladín en defensa de las damas. Mr. Gascoigne había representado en política el papel de los camaleones, y gozado por ende fama no nada envidiable, hasta el día mismo en que puso punto final á sus locas esperanzas é hizo que se olvidara el recuerdo de sus transmigraciones, apartándose de la muchedumbre de sus correligionarios de todos matices para consagrarse al silencio y á la soledad. Y, finalmente, la historia de la viuda de Wycherley era muy parecida, sino igual, cosa que tampoco tiene nada de particular, á la de muchas otras viudas, esto es, que

SALÓN DE PARIS DE 1889

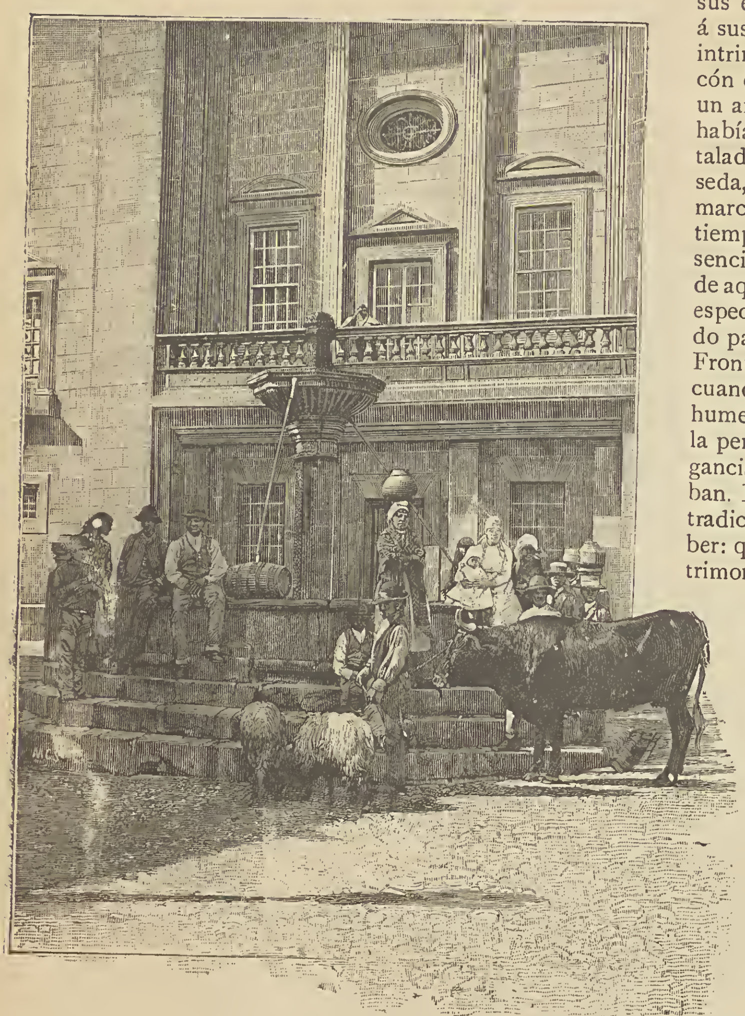


PEONIAS, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

SALÓN DE PARIS DE 1890



BUSTO DE Mr. BONNAT, por Pablo Dubois. Grabado en madera expuesto por Mr. Baude



FUENTE DE LA CATEDRAL DE LAS PALMAS (Pilar nuevo)

había llamado mucho la atención de las gentes por su hermosura cuando joven, y que hacía vida retirada y casi ascética entonces, ó, lo que es lo mismo, que se había recogido á vivir cristianamente cuando ya no podía vivir á la diabla. Si hemos de dar crédito á la crónica escandalosa de la ciudad, ¿y por qué no, tratándose de mistriss Wycherley? allá en la época de sus coqueterías, tanto el coronel, como Mr. Gascoigne y Mr. Medbourne fueron pretendientes de sus gracias, hasta el punto de que todos á porfía se hubieran sentido capaces de las cosas más inverosímiles, por ser objeto de una mirada compasiva de sus ojos, por todo extremo hermosos y expresivos.

Tampoco estará demás decir que las personas enumeradas y el Dr. Heidegger, por añadidura, tenían el carácter tan raro y caprichoso como acontece á la generalidad de los viejos que al recuerdo de mejores tiempos, pasados para no volver, asocian la triste idea del porvenir sin esperanza.

II

Fácil será formarse idea del estudio de nuestro doctor, donde se veía desparramada infinita variedad de objetos dispuestos desordenadamente por suelo y paredes, si bien faltaban el cocodrilo clásico pendiente del techo, el no menos clásico murciélago, el buho disecado y los otros elementos fundamentales de la magia, porque conviene saber que él los despreciaba, reputándolos por medios vulgares, indignos de la ciencia verdadera, y propios solamente de los hechiceros y brujos de oficio. Era la cámara de grandes proporciones, y así le servía de sala, comedor y alcoba, como de laboratorio; cubrían los testeros macizos armarios de roble, cargados de libros en los entrepaños, y en lo alto, por encima de las cornisas, de redomas, retortas é instrumentos de formas varias y raras; entre dos ventanas encajaba una mesa enorme, sobre la cual yacían hasta cincuenta cuerpos de libros, encuadernados en carcomido pergamino y cubiertos de tan espesa capa de polvo, que quien fuera osado á poner mano en ellos sin tomar antes las debidas precauciones, corría peligro de morir ahogado en él; telarañas ennegrecidas colgaban de todas partes, y lo demás de la vivienda guardaba relación con lo descrito, siendo el conjunto tan pintoresco y abigarrado, que ni el mayor artista hubiera podido nunca imaginarlo. Al fondo de la sala veíase un horno, cuya boca negra y profunda parecía esperar abierta una ración de leña, y al lado, un fuelle colosal, que le servía de aparato digestivo, descollaba entre un escuadrón de alambiques de varios tamaños, de hidrópicas retortas y de angostos tubos y serpentinas que ocultaban á medias sus largos cuellos en la campana de la chimenea. En este horno y bajo esta campana era donde el Dr. Heidegger hacía los ensayos que debían ser asombro de las academias, y cuidaba de la cochura de su modesta comida, la cual por esta causa se guisaba en compañía de sutiles venenos y de filtros peligrosos.

Sobre uno de los estantes de encina se destacaba en el fondo ahumado de la pared un busto de Hipócrates, que parecía ser el dios protector de aquel lugar, donde toda tizne, polvo, telaraña y vetustez tenía su natural asiento, y así era en efecto, porque á él recomendaba el éxito de sus ensayos el doctor en los casos difíciles, y merced á sus aforismos solía resolver con frecuencia los más intrincados problemas científicos. En el más oscuro rincón de la cámara que vamos describiendo y dentro de un armario alto y estrecho, á manera de caja de reloj, había un esqueleto humano; entre dos escaparates acristalados, cuyo contenido velaban sendas cortinillas de seda, campeaba un gran espejo empañado de polvo, con marco de penacho y vislumbres de haber sido en otro tiempo dorado, en el cual espejo, al decir de las gentes sencillas del lugar, se aparecían al doctor las imágenes de aquellos en quienes hicieron más efecto sus drogas y específicos, y que acudían expresamente del otro mundo para que los viese, cada vez que se miraba en él. Frontero del espejo había un retrato de mujer, y aun cuando su rostro y vestido estaban deteriorados de la humedad y del tiempo, se adivinaba la hermosura de la persona en ciertos rasgos de la fisonomía, y su elegancia en los restos de brocado y raso que aun quedaban. Bien será repetir á este propósito lo que decía la tradición acerca de la joven cuyo era el retrato, á saber: que hacía cosa de medio siglo debió contraer matrimonio el original con el doctor; pero que, como se sintiera indispuesta la futura esposa el mismo día de firmarse los esponsales, y su novio, después de haber consultado á Hipócrates, su oráculo, le administrase una poción calmante, murió ella luego al punto.

Para completar el inventario razonado de los objetos contenidos en el laboratorio, réstanos todavía dar cuenta del principal de todos ellos y que más llamaba la atención, esto es, de un enorme libro parecido á un misal ó Biblia de grandes dimensiones, encuadernado en tafilete negro, cerrado con broches de plata maciza y escrito en caracteres tan misteriosos é indescifrables, que sólo podían ser obra del demonio ó de algún mago muy avezado en las ciencias ocultas. Y se decía con ocasión del *in folio* descrito, que la última criada que tuvo el doctor Heidegger, hacía muchos años por más señas, pues ninguna quiso después entrar á su servicio, huyó despavorida de la casa porque, como tratara un día de moverlo para sacudirle el polvo, el esqueleto se salió del armario, la joven del cuadro saltó al suelo, aparecieron rápida y sucesivamente multitud de cabezas en el espejo, y frunció el entrecejo el impasible busto de Hipócrates, lanzando una mirada centelleante de sus ojos de mármol.

III

Así era, ni más ni menos, el gabinete del Dr. Heidegger, y así estaba la hermosa tarde de verano en que pasó el suceso cuya relación nos proponemos hacer sin añadir ni quitar punto ni coma.

Gracias á dos grandes ventanas que daban al jardín, y por las cuales penetraban los rayos del sol, apenas quebrados en los pliegues de unas descoloridas y maltratadas cortinas de damasco, jugaba la luz en las facetas de un elegante vaso de cristal tallado, que, lleno hasta los bordes de cierto licor trasparente, se veía sobre una mesa redonda, negra como el ébano, y colocada en medio de la habitación. Sentados alrededor de la mesa, estaban, con el doctor, los cuatro personajes que ya dimos á conocer á nuestros lectores, y, ¡cosa singular! al reflejarse los rayos del sol que se bañaban en el moviente líquido del vaso en los rostros de los congregados, parecía envolverlos á todos en un vapor luminoso. Delante de cada uno, excepto del sabio, estaba una copa vacía; y en tanto que el coronel, y la viuda, y el político, y el comerciante, aguardaban con curiosidad el momento del ensayo prometido, Heidegger los consideraba con la superioridad del profesor cuando contempla desde las alturas de la cátedra á sus discípulos congregados en el aula, ó del predicador que prepara rayos místicos para lanzarlos del púlpito sobre la grey atemorizada.

– Queridos y antiguos amigos, dijo el doctor, al fin, empleando su fórmula de costumbre, necesito de ustedes para un ensayo.

Es indispensable que abra un paréntesis para no interrumpir más en lo sucesivo la relación de esta historia, ni distraer el ánimo de quien lee, y diga sin tardanza, que las excentricidades del doctor Heidegger fueron parte á que se le atribuyesen multitud de consejas fantásticas é inverosímiles; que acaso muchas de ellas, lo confieso con sinceridad y vergüenza, las inventó mi fantasía, y que si después de esta mi declaración me compara el lector con la criada del sabio que fué testigo de un terrible espectáculo, y se muestra incrédulo á medida que va entrando en materia, su falta de fe en mí será el justo castigo reservado á los forjadores de patrañas y embelecos. Y con esto cierro el paréntesis.

IV

Al oir los tres casi venerables caballeros y la dama no menos venerable que les anunciaba el sapientísimo doctor un ensayo, ni les sorprendió, porque así lo decía la esquela circular que habían recibido, ni tampoco sospecharon cosa ninguna extraordinaria, como no fuera el martirio de algún ratoncillo cerrado herméticamente bajo la campana de la máquina neumática, ó el examen de alguna telaraña por medio del microscopio, pues que á esto se reducían por regla general los espectáculos científicos con que obsequiaba el doctor á sus huéspedes, el cual reservaba para los sabios las grandes pruebas ó las grandes revelaciones que arrancaba á la naturaleza martirizándola.

Sin añadir Heidegger más palabras á las dichas, se levantó y cruzó la cámara pausadamente, asió con no menos solemnidad el libro mágico de los broches de plata, y poniéndolo sobre la mesa, cerca del vaso cuyo líquido pareció espumear entonces, lo abrió por un registro, tomando de entre sus folios, no sin grandes precauciones, una flor disecada que debió ser rosa, pero cuyas hojas y pétalos aplastados y descoloridos amenazaban convertirse en polvo al contacto del aire.

– Esta rosa, dijo con voz apagada, y como si temiera destruir la flor con el aliento, y acaso también porque la emoción no le consintiera en aquel caso hablar más alto, abrió su capullo hace más de medio siglo.

Y dirigiéndose, después, al averiado retrato que tenía enfrente, y extendiendo hacia él ambas manos temblorosas, prosiguió de esta manera con voz dolorida:

– Tú me la diste, Silvia, mi amada prometida, la víspera de nuestro casamiento, y la colocaste con tus propias manos en la solapa de mi casaca, sobre este corazón que siempre te ha sido, es y será fiel y consecuente; y el mismo día que debió ser de nuestros esponsales, siéndolo de nuestra separación eterna, la puse aquí entre las hojas del libro que ves, donde ha pasado hasta hoy.

Las palabras tan sentidas del doctor, cuyo lenguaje usual era frío y algún tanto mordaz, produjeron más impresión en sus oyentes, que si la imagen del cuadro contestara; de tal modo, que ninguno de ellos, incluso el atrevido coronel, que, á ser necesario, habría expuesto aun su pecho á las balas, hubiera osado en aquel punto volver la cabeza, temeroso de que algo sobrenatural estuviera pasando á sus espaldas.

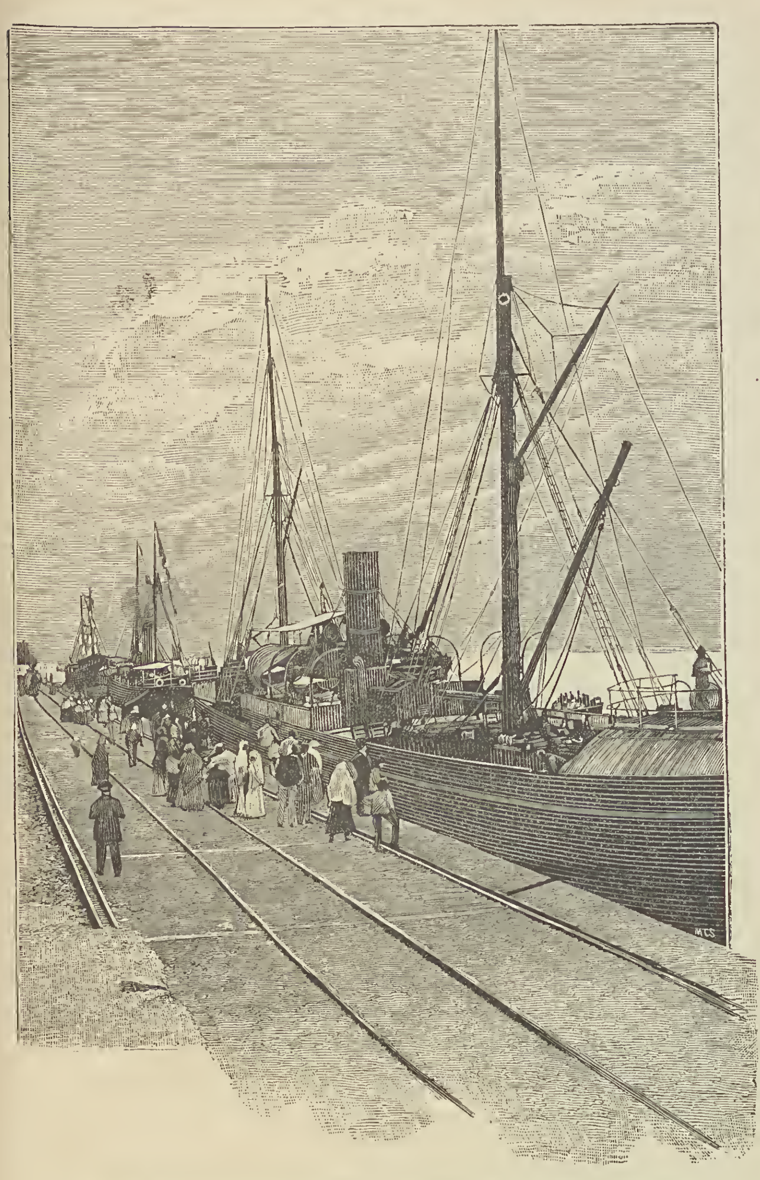
Un tanto repuesto el doctor de su emoción, prosiguió con voz y ademán más enérgicos:

– Si yo pudiera ¡oh Silvia! restituirte á la vida, del propio modo que voy á devolver la lozanía y el perfume á esta flor seca desde hace medio siglo, ¡cuán feliz sería!

Estas palabras, aunque pronunciadas con patética solemnidad, destruyeron el efecto de las primeras, y restitu



PLAZA DE LA DEMOCRACIA EN LAS PALMAS



MUELLE EN CONSTRUCCIÓN EN EL PUERTO DE LUZ (Gran Canaria)

yeron á la viuda de Wycherley, que casi se había desmayado minutos antes, la calma y locuacidad necesarias para exclamar:

– ¡Doctor! ¿Y por qué no hacer conmigo ese milagro? ¿Acaso nosotros, añadió mirando á los tres comensales, somos de peor condición que esa flor? ¿Para eso nos ha hecho V. venir?

Pero, no era el doctor de los sabios que hablan una hora para explicar aquello que puede mostrarse fácilmente, y que, á vueltas de palabras, quitan á sus oyentes hasta el deseo de la sorpresa que les preparan, sino que discurría lo menos y demostraba lo más posible, dejando siempre á la ciencia el cargo de impresionar con sus efectos al concurso. De aquí que, sin hacer alto en la pretensión de la viuda, dijera:

– Vean Vds. ahora.

Y levantando la tapa del vaso, puso en el líquido la rosa. La cual flotó al principio en la superficie, como si no fuera susceptible de absorber humedad; mas, luego comenzó á notarse cierto extraño fenómeno en ella, y fué que su tallo, sus pétalos y sus hojas, aplastados y secos, parecieron hincharse y recobrar color, cual si volviesen á la vida, y por tal modo, lenta, pero seguramente, pocos minutos después vieron todos con asombro, que aquella flor de medio siglo, resucitaba tan fresca y lozana como estuvo el día que Silvia la regaló á su prometido, esto es, entreabierta, nacarada, y con dos ó tres gotas de rocío en los bordes de su cáliz.

– ¡Qué portento! exclamaron los amigos del doctor sorprendidos, pero no maravillados del suceso, pues habían visto en su casa fenómenos de física recreativa y de prestidigitación más extraordinarios aún que la resurrección de una flor.

Entre tanto, Heidegger, sin preocuparse del efecto que hubiera producido en los cuatro el espectáculo, aspiraba con voluptuosidad el suave perfume de la rosa, en la cual recordaba que su prometida depositó un beso tiernísimo antes de dársela.

El comerciante, la viuda, el político y el coronel, sin preocuparse tampoco á su vez de lo que hacía el doctor, parecían abstraídos y meditabundos, pensando acaso, si nada más decía Heidegger, en proponerle que ampliara el experimento, haciéndolo extensivo á sus personas.

V

– ¿Habéis oido hablar alguna vez, les dijo entonces el doctor, como si estuviera en la cátedra, de la fuente de la Juventud? El aventurero Ponce de León se propuso descubrirla...

– ¿Y la encontró? interrumpió la viuda de Wycherley, que sólo conocía la fuente de reputación.

– No, señora, no la encontró, porque dirigió mal sus exploraciones; se perdió en el camino, y pasó de esta vida sin ver realizadas sus esperanzas; pero, si son exactas las noticias que acaba de suministrarme un viajero, la famosa fuente de la Juventud está descubierta ya, y mana en un lugar cuya situación tengo señalada en un plano topográfico que poseo, y que se halla en la parte meridional de la península de la Florida, cerca del lago Macaco, así como se penetra en un bosquecillo de magnolias antiquísimas; las cuales magnolias gozan de perpetua frescura y lozanía, gracias á la maravillosa virtud de sus aguas que las riegan. Este viajero, amigo mío y persona sapientísima, conociendo mi afición al estudio de la naturaleza y de sus maravillas, llenó en el mismo manantial una botella de su agua, me la trajo, y es la que veis en ese vaso.

– ¡Bah! murmuró el coronel con manifiesta incredulidad. ¡Vive Dios, que quisiera ver algo que me demostrase la eficacia del agua de la Florida sobre la naturaleza humana!

– Puede V. experimentarla por sí consigo mismo, mi coronel, le contestó el doctor sonriendo: en casos como el presente, la duda es lícita; pero aconseja la prudencia, que cuando tenemos en la mano el medio de convencernos ó de convencer, no lo dejemos, pues sólo así llegamos al conocimiento de la verdad. Haga V. la prueba, y de sus efectos deduzca si en realidad puede ó no el agua de la Florida restituir al ser humano la fuerza vital de la juventud perdida con los años... De mí sé decirle que, sometida el agua que tiene delante, al análisis químico, no contiene sustancia ninguna peligrosa para la salud, y que puede, por tanto, beberla sin cuidado. Y como yo amo la ciencia por ella misma y por las ventajas que reporta sin utilizarlas en mí, y, además, como me ha costado mucho trabajo envejecer, y estoy muy escarmentado de la vida para que quiera empezarla de nuevo, digo que de esa agua no beberé, y que sólo deseo ser testigo de sus efectos en el prójimo.

Y al mismo tiempo iba llenando el doctor con un cucharón las copas de sus oyentes del agua de la Juventud, la cual, á medida que caía en ellas, formaba pequeñas burbujas de gas que salían á la superficie. Suave y penetrante aroma perfumó la atmósfera, instando á beber, y entretanto los cuatro viejos, sin saber qué hacerse, se miraron unos á otros, queriendo acabar de persuadirse con la vista de las copas llenas, de que todo cuanto el doctor había dicho era verdad, y de que allí dentro estaba brillante y espumoso el principio vital y regenerador, hasta que al fin debieron convencerse, porque simultáneamente, y como si obedecieran á una señal, fueron los cuatro á tomar sus copas.

– Ténganse un momento, dijo el doctor. Debo hacer presente á Vds., que procure cada uno aprovechar el caudal de su experiencia para precaver los escollos y los peligros de la juventud antes de engolfarse en ella; cosa tanto más fácil cuanto que sólo necesita buena memoria. Reflexionen Vds. que van á ser los primeros seres humanos que posean la ventaja inapreciable de reunir al conocimiento práctico de las cosas, propio de los viejos, el encanto de la juventud, y que deben, por tanto, dar ejemplo de juicio, de discreción, de prudencia y de virtud.

– ¡Ah! doctor, no se preocupe V. de eso; que la experiencia que tenemos nos ha costado harto cara para olvidarla, contestaron á coro los cuatro viejos.

– No aventuraré mi caudal en operaciones dudosas, dijo el comerciante.

– Simpática viuda, murmuró el coronel irónicamente al oído de la Wycherley; prepárese V. á romper contra mí el fuego de sus lindos ojos.

– Confieso mi pecado, exclamó el camaleón político. En lo sucesivo, me propongo perseverar en la misma línea de conducta para lograr mis fines.

– Volveré á las andadas, pensó la viuda; pero seré más cauta.

– Ahora, beban Vds., dijo el doctor, pues veo con gusto que acerté al marcarlos para mi ensayo del agua de la Florida.

VI

Los viejos no se hicieron repetir el convite, y llevándose las copas con sus trémulas manos á los labios, apuraron de un trago el licor que contenían. A decir verdad, si el agua de la fuente de la Juventud tenía eficacia para remozar á los viejos, no podía emplearse mejor, porque hubiera sido muy difícil, sino imposible, hallar personas más menesterosas de restauración.

No bien dejaron sus copas sobre la mesa, quedaron los cuatro transformados; y por tal modo, los carcamales que hacía un minuto parecían no haber sido jóvenes nunca; las estantiguas acartonadas, raídas, calvas y caducas, que segundos antes apenas tenían fuerzas para llevarse una copa á los labios sin verter su contenido por el camino; aquellas visiones, en fin, verdaderas caricaturas de la vejez, cada una por su estilo, de repente se tornaron en adultos de rostro hermoso y sonrosado. Miráronse y quedaron suspensos contemplándose mutuamente al ver que la maravillosa virtud del agua de la Florida había borrado por completo en ellos el estrago de los años. La viuda de Wycherley arregló maquinalmente su sombrero al sentirse joven, y cediendo todos á un impulso simultáneo alargaron sus copas, exclamando:

– ¡Otra, doctor admirable; incomparable doctor, otra; otra copa, doctor sublime, otra, queridísimo doctor! ¡Otra copa; que aunque ya no somos viejos, todavía no somos verdaderamente jóvenes!

VII

El doctor contemplaba impasible los resultados que iba dando su ensayo y el fenómeno que se desarrollaba entonces á su vista, pues la transformación moral seguía inmediatamente á la física; como que los cuatro ex-viejos hablaban, se movían y miraban cual si fueran jóvenes en la plenitud de la vida, y que se habían levantado con las copas puestas en alto, y haciendo tanto ruido, que más no podía ser.

– Paciencia, dijo Heidegger, con su calma de costumbre; no anticipemos los sucesos, ni contrariemos las leyes de la naturaleza Den Vds. el tiempo necesario á la sangre para que fermente y circule con impetuosidad, difundiendo nueva vida por todo el organismo, y no expongan aparatos gastados á romperse, imprimiéndoles de improviso movimientos que aun no tienen fuerza para resistir. ¿Será posible que no tengan Vds. la paciencia de aguardar media hora para volver á ser jóvenes, cuando han tardado tantos años en ponerse viejos?... Sin embargo, ahí está el agua, beban si les place.

Los convidados acogieron las palabras del doctor con respetuoso silencio, y permanecieron inmóviles un espacio; mas, de allí á poco, no pudiendo reprimirse, llenaron por segunda vez las copas, apurándolas de un trago, á tiempo que comenzó el gas que contenían á entrar en ebullición. Instantáneamente se produjo de nuevo el fenómeno, y cual si un mágico hubiera pasado su varilla por sobre las cabezas de todos, de tal modo, que hasta echaron pelo nuevo en un abrir y cerrar de ojos, y que la mesa del doctor Heidegger se halló rodeada de tres caballeros



PLAZA DE LA CATEDRAL EN LAS PALMAS

en lo mejor de la edad y de una dama por extremo hermosa y gentil.

– ¡Querida viuda, exclamó el coronel, enamorado ya de la Wycherley; está usted admirable! Y, en efecto, lo estaba, porque así como los primeros albores del día disipan las tinieblas de la noche, así desaparecían los últimos vestigios de la vejez del rostro y del cuerpo de la requebrada, la cual, prefiriendo el testimonio de sus ojos á los cumplidos de su galán, y para cerciorarse por sí misma del fundamento que tuvieran, se levantó y fué á mirarse al espejo, no sin detenerse antes indecisa, temerosa de quedar burlada; pero viendo transformado al inválido Killigrew en el hermoso capitán de otros tiempos, se atrevió y quedó suspensa, contemplando en la tersa superficie del cristal una mujer lindísima que la sonreía, luciendo de paso dos filas de apretados y menudos dientes, iguales y blancos, que asomaban por entre unos labios de coral.

Y en tanto que la viuda se consideraba en el espejo, demostraban los tres caballeros, con su actitud, que acaso tenía el agua de la Florida, sobre las propiedades sobrenaturales que ya se han apuntado, la de subirse á la cabeza de sus bebedores, á no ser que la alegría que mostraban fuera producida por la idea de su resurrección. Porque, por una parte, disertaba extensamente Mr. Gascoigne acerca de política antigua, contemporánea y futura, y de principios inmutables, de tiranos y de víctimas, del patriotismo y de la felicidad de los pueblos, cuando diez minutos antes ni aun á media voz se hubiese atrevido á decir la menor cosa con palabras tan audaces, ni á manifestar opiniones tan subversivas, mientras que á la sazón explanaba sus teorías regeneradoras con voz tribunicia y ademanes teatrales; por otra, echaba de menos el coronel sus arreos bélicos, y entonaba canciones más alegres que decentes, con los ojos puestos en la cara picaresca de la viuda, y acompañándose con un cuchillo en la copa; y por otra, finalmente, Mr. Medbourne vagaba por los espacios imaginarios, acariciando el proyecto de proveer de hielo á las Indias orientales, sirviéndose de un bando de ballenas como medio de transporte barato para cargarlo en las regiones polares; negocio que, segun él, debía de producir muchos miles de duros.

La viuda no podía quitar los ojos del espejo, y se sonreía, llena de complacencia y de íntima satisfacción, al saludar en su imagen á la mejor amiga que tuvo jamás. Examinaba prolijamente los detalles de su belleza con amoroso éxtasis, convencida de que había recobrado sus perdidos encantos, y pensando satisfecha en los malos ratos que, á causa de ellos, pasarían otras, volvió á la mesa, valsando ligera como una sílfide.

– Otra copa, doctor, dijo con voz más dulce y agradable que la música más armoniosa.

– Las copas están dispuestas, beban Vds. cuanto quieran; pero cuidado con volver á la infancia.

– No, no, señor Heidegger; yo no beberé más que lo preciso para quedarme entre los quince y los diez y seis. Con eso me doy por satisfecha.

TRADUCIDO POR M. JUDERIAS BENDER

(Concluirá)



PESCADERÍA Y MERCADO DE LAS PALMAS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

EN 1885 Y HOY

Cuando, en diciembre de 1885, me embarqué en Liverpool para el Congo, parecióme oir hablar por primera vez de Las Palmas, segunda escala del interminable itinerario de mi viaje. Muy pocos vapores tocaban á la sazón en aquel puerto que era poco conocido en Europa; y de cuanto había yo leído ó visto acerca de las Canarias, sólo recordaba la magnificencia del Pico de Tenerife, los canarios, la *Colomba laurivora*, célebre por las observaciones de Darwin, y el nombre extraño de los aborígenes, los guanches, nombre que ya no podré olvidar después de haberlo usado allí como sinónimo ó mote de seres feos y raros para distinguirles de las hermosas Hespéridas actuales, que compiten en gracia y donosura con las legendarias habitadoras de aquellas islas, cuando se las llamaba «Afortunadas» y ofrecían manzanas de oro al Hércules tirreno.

El viaje de Inglaterra á Las Palmas de Gran Canarias duró más de lo acostumbrado y fué pródigo en percances: en el canal de San Jorge salimos ilesos de un choque con un bergantín que por desgracia se fué á pique; y apenas entramos en el Atlántico, corrimos un temporal que ocasionó algunas averías al vetusto casco del buque que gobernaba trabajosamente, arrastrándonos entre olas amenazadoras y procelosas.

Mas si al partir nos sorprendió aquel temporal que nos obligó á echar mano de toda clase de abrigos, en cambio encontramos una estación primaveral once días después en la amenísima rada de Las Palmas. El mal tiempo acompañó muchos días á nuestro *Laudana*, días que nos parecieron interminables por lo molestos; por fin, cuando el mar empezó á sosegarse, el viento impetuoso y frío á tornarse céfiro blando y templado, y el cielo, serenándose, pareció de un azul purísimo, divisamos varios grupos de aves, y un bando de gaviotas salió á nuestro encuentro anunciándonos la proximidad de la tierra.

En efecto, poco después arribábamos á la isla «de la Madera,» así llamada ya en los portulanos del siglo XIV. Cuando el *Laudana* ancló en el puerto de Funchal apenas quedaba una hora de día, y solamente esta hora nos detuvimos en aquella playa encantadora, á la orilla de ese jardín delicioso de Madera, tierra poética que, según la leyenda, fué descubierta por dos amantes, y que visitan constantemente seres deseosos de vivir ó de morir entre flores y en el beso del amor.

Las impresiones que sentí fueron tan varias y fugaces que únicamente las recuerdo como un ensueño. Conservo sin embargo en la memoria, con toda la melancólica grandiosidad del paisaje circunstante, el aspecto que iba tomando Madera á medida que, al anochecer, nos íbamos alejando de ella con rumbo á las Canarias: aquella isla amenísima, que poco antes parecía inundada de una lluvia de oro y resplandecía de luz y de colores vivísimos, oscureciéndose y como aplanándose bajo la extensión ilimitada, sombría y silenciosa de las ondas, me parecía un astro inmenso eclipsado que se ocultaba misteriosamente detrás del Océano infinito.

Al día siguiente divisamos la isla de la Gran Canaria, entre nubes rojas y plomizas que se condensaban en el horizonte al ocaso. Hubiéramos podido llegar aquella misma noche si nuestro *Laudana*, de feliz recordación, hubiese sido menos viejo y estado menos cansado de la travesía. Tuve, pues, que renunciar aquella noche al placer de dormir en tierra y me retiré á mi mísero camarote confiando en poder descansar con más tranquilidad cuando de allí á una ó dos horas entrásemos en el puerto; pero, transcurridas aquellas dos horas, noté que seguíamos marchando, aunque más lentamente, y que á menudo virábamos, como si el capitán no tuviese prisa de llegar.

Y en efecto, impresionado éste todavía por el naufragio de que, aunque involuntariamente, había sido causa, estaba receloso hasta el punto de juzgar arriesgado el fondear de noche, y en una noche de luna, en el segurísimo puerto de la Luz, y por esto esperaba el día de aquel modo... haciéndome renegar y dar vueltas toda la noche en mi litera.

Al rayar la aurora estaba el *Laudana* dando bordadas todavía en la parte Sur de la Gran Canaria, y sus albores vinieron á regocijar mis ojos cuando empezaba ya á cansarme de mirar en la oscuridad y estaba impaciente por ver tierra. Vestíme apresuradamente y subí á cubierta poco después que el *Laudana*, emprendida su marcha normal, se acercaba al puerto directamente.

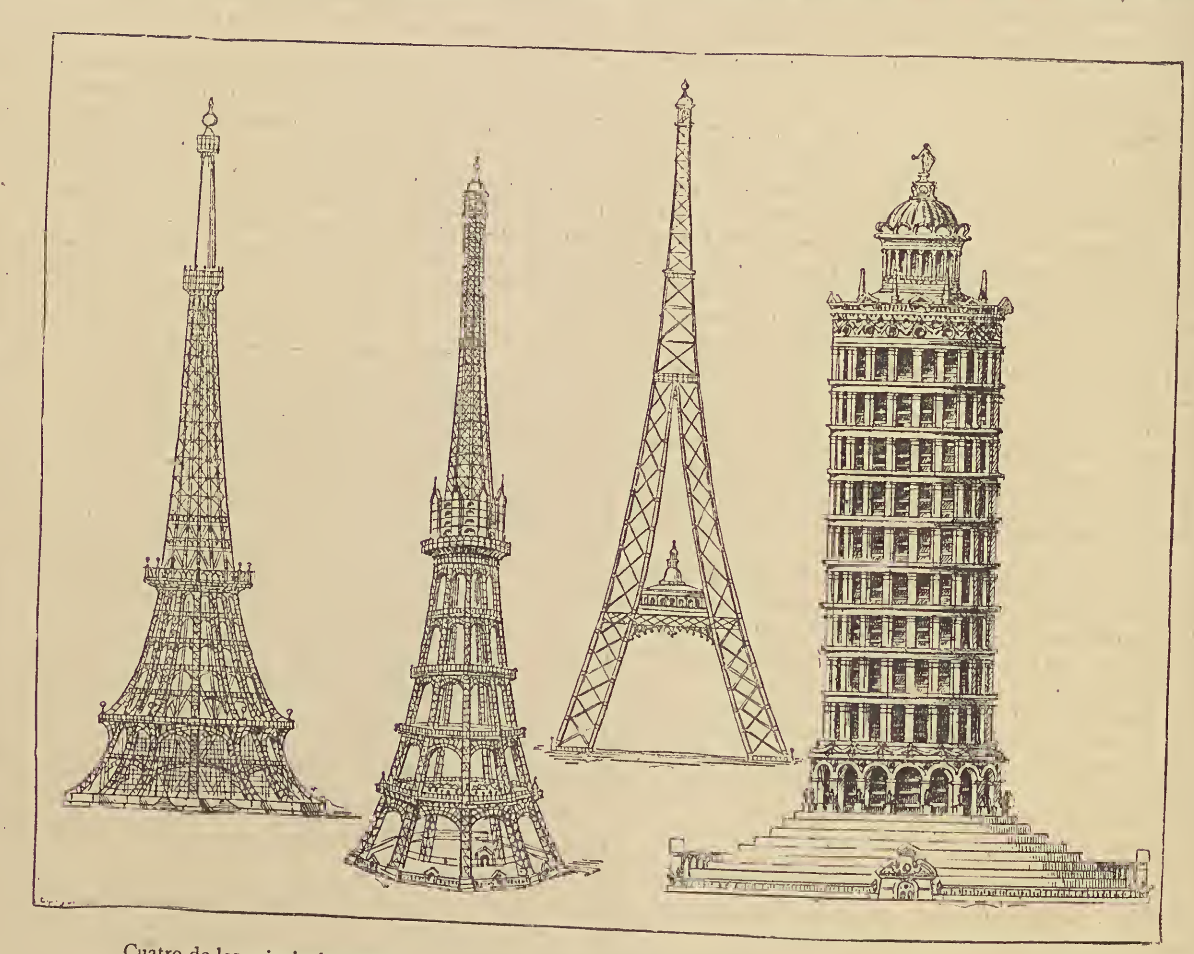
Grandiosa se ofreció á mi vista, destacándose á la sazón con azuladas tintas, la mole de la isla que surgía ante nosotros; pintorescas las cumbres que, desplegándose á modo de inmenso abanico, forman un grupo majestuoso; extraños los picachos en que aquéllas terminan y los dorsos en que se rompen, proyectando sombras oscurísimas á medida que el sol naciente iluminaba con matices purpurinos sus denticuladas crestas; alegres aquellos campos verdes, diseminados por las laderas que, á los rayos del sol, parecían enrojecerse y abrasarse como por efecto de erupciones recientes; animado el aspecto de aquellos conos volcánicos erguidos en los flancos de las colinas, que, sobresaliendo de las gargantas centrales, bajan hasta el mar, donde terminan junto al puerto, formando un ancho terraplén, en una zona de huertos y de playas.

Un grupo de cráteres y de lavas, la «Isleta,» surgía en medio del mar, enfrente de nosotros, formando con el angosto y corto brazo de tierra que le une con la isla que costeábamos, el puerto de la Luz, que desde la noche anterior era la meta de mis aspiraciones.

Estábamos ya delante de la ciudad de Las Palmas; pero el *Laudana*, sin cuidarse de su antiguo y poco practicable fondeadero, seguía inmutablemente el rumbo hacia el nuevo de la Luz, y por esto mis miradas pasaban rápidamente desde la hermosa playa á las cimas de los montes, por aquellas peñas, aquellos campos y aquellos picos, no fijándose en la ciudad, que, vista desde donde yo me encontraba, no atrae ni seduce sino al que busca impaciente en una de sus innumerables y blancas azoteas á un ser adorado ó desea avivar el recuerdo de un pasado amor.

En tanto, dejamos atrás Las Palmas, ciudad que se presentaba lanzada en el mar sobre una lengua de tierra, besada por las azuladas y espumosas ondas y rodeada de grupos de plátanos y de elevadas y esbeltas palmeras.

(Continuará)



Cuatro de los principales proyectos presentados en Londres para la construcción de una torre de 1.200 pies